

timiento bajo, abierto a cuanto se eleva por encima de la masa informe y grotesca que acumula con sus gestos la mediocridad de los hombres. A tan exquisitas gracias une la sencilla campánula su modestia: se manifiesta a los primeros parpadeos del día; pero luego, hacia las once, cuando la flor advierte que el sol y los hombres la contemplan con admiración y encanto, se ruboriza un poco y esconde sus gracias tras una cortina de los pétalos dormidos.

Alegría de la mañana fué, el corazón de la mujer que pasó a mi lado como mañana de primavera en lo más crudo del invierno, o como rayo de sol en el fondo más oscuro y frío de una cárcel—un día de congoja y de abatimientos.

Yo había descendido hasta el antro más lóbrego del hospital. En mi cabeza florecía la desesperación y una cadena de angustias me parecían las horas, horribles como furias.

Un jueves, ya de tarde, vino una joven campesina de ojos negros, de tez morena y

encendida y se puso a mirarme. Bajé la cabeza y con la vista al pavimento.

—Tome y no esté así, tan triste—me dijo y me alargó una flor de mirto que desprendió del seno.

—Gracias, repuse, y le besé con fervor la mano.

¿Calcularía aquella mujer cuánto bien iría a resultar de su sencilla acción? Estoy seguro que no. Qué fué de la buena muchacha de la cual, ya en la calle, nunca supe más? No llegué a saberlo. Lo que sí sé, es que guardo como una reliquia los despojos del oloroso ramillete y el recuerdo de la mano cariñosa que lo dejó en la mía haciéndome comprender cómo en una forma tan simple es posible hacer tanto bien a un hombre abatido, angustiado y solo.

Al terminar la lectura de su cuento, el autor se enjugó los ojos y puso a la vista de los demás un ramito seco. Tomé el ramo y traté de encontrarle algún perfume, y me pareció que tenía el de la belleza misma.

Pascualina

A Lilia González

Por encima de la verja verde de la ermita del Rosario se alzan, como banderas de gloria, las alegres, las rosadas florecencias de la bellísima. Síguenlas en su peregrinación hacia el espacio, madreselvas silvestres, azules campánulas. En las eras hay resedas, sandiegos, romeros, violetas, lirios, nardos y rosas. De éstas se cuentan algunas variedades: rosas de Jericó, de Castilla, mariscales y príncipe negro. Un durazno en flor domina el centro y en el tapial del fondo una tribu de guarias solteras esperan la ya cercana fecundación.

A lo largo del jardín, por entre manojos de yerbabuena, discurre un arroyuelo deshojando las rimas argentinas de un poema de cristal.

El Padre Apolonio, el solícito jardinero de la Virgen, acaba de hacer un notable descubrimiento:

—Las rosas se van...

El buen cura se llena de espanto.

—Horror, horror, horror!

Se santigua y se promete sorprender en flagrante delincuencia al sacrílego ladrón por medio de una vigilancia estricta.

El acecho comienza desde el día siguiente al amanecer. Oculto hacia el fondo del jardín, el celoso guardián vigila, observa, y anota. «A las seis, un senzontle entra volando por encima de la ermita, se detiene sobre el durazno, hace un breve registro de flauta, pero en eso descubre en su escondrijo al Padre Apolonio, siente miedo y se larga muy asustado por sobre la verja. A las seis y cuarto una sonrisa de sol cae sobre las flores, y dos minutos después ochocientas mariposas inundan el jardín trayendo no se sabe qué clase de encargo para las rosas; cumplida la misteriosa misión, las mariposas levantan el vuelo y se pierden en el espacio azul. A las siete un zopilote se encarama en la cruz de la ermita y toma un baño de sol con las alas extendidas. A las ocho, nueva embajada para las rosas: una comisión formada de dieciseis abejas por lo menos, vienen y les conversan de algún asunto importante. Y a las ocho y pico uno de los rosales se agita y se oye ruido como de tallos que se rompen.»

Un extraño calofrío recorre la espalda del Padre Apolonio. Abandona el escondrijo y